

**Informe sobre el trabajo de licenciatura
Ondřej Urfus, “Magický realismus a barokní literatura”**

**Dr. Juan A. Sánchez
Universidad Carolina de Praga**

El trabajo de Ondřej Urfus es encomiable por varios motivos, y el menor de ellos no es el valor de enfrentarse a un tema tan difícil como la comparación de dos obras que pertenecen a universos presumiblemente diferentes. Su gran éxito es precisamente convencer de que entre esos mundos, aparentemente distantes por muchas razones, hay una línea de continuidad y de posible familiaridad espiritual, y, con ello, abrir un territorio virgen a la investigación y contribuir a la comprensión tanto de las obras nuevas como de las antiguas a través de la fecundidad que han causado en la tradición que de ellas depende.

Pero además, la tesina, desde un punto de vista más formal, es el resultado de un largo y profundo estudio, como lo demuestra el manejo de una enorme bibliografía en varios idiomas y en relación con los aspectos más variados dentro del tema en cuestión. Es evidente que este trabajo es producto de alguien que no lo ha abordado como mero trámite burocrático sino todo lo contrario, como dedicación inevitable y conducida por un interés verdadero por saber y por comprender la literatura y el mundo de relaciones espirituales que configura nuestra herencia cultural.

La presencia de algunas inexactitudes que detecto en el trabajo se deben, seguramente, a los ambiciosos objetivos que se propone alcanzar. Y por eso merecen indulgencia. No obstante, es necesario señalarlas. Me refiero sobre todo a la percepción de cierta falta de desarrollo en el análisis, que parece que se queda corto en relación con la magnitud de las obras tratadas. Claro que ello nos llevaría no a una tesis de licenciatura, sino de doctorado. No obstante, a veces me he quedado como esperando más, por ejemplo con el capítulo acerca del amor, donde se habla de tres niveles que luego no se desarrollan (p. 69). Otras veces se enuncian ideas muy interesantes en sí mismas, pero que necesitarían un tratamiento de un par de páginas por lo menos, como cuando en la p. 47 se dice que el arte barroco se cierra sobre sí mismo. No me parece incorrecto, sino al contrario, muy interesante, pero la pena es que no se diga nada más.

Ya en un plano más referente al contenido de las tesis expuestas, tengo que comentar que la enunciación de la propinquidad de la literatura barroca y la moderna o la hispanoamericana del realismo mágico me parece un camino interpretativo productivo y revelador. Para profundizar en las vías aludidas en este trabajo, sin embargo, harían falta diez años de investigación. Evidentemente, no espero tanto de un trabajo de licenciatura, sino que reconozco su valor por haber visto la dirección que se puede seguir.

Hay dos cosas que quisiera añadir, con todo. Cuando se habla, en la p. 30, de que en el Barroco Dios se aleja del hombre, se oculta, parece una contradicción con la tesis de que el Barroco es un arte eminentemente religioso. Pero no lo creo así. El autor de la tesina va por buen camino, pero habría que profundizar más. Por ejemplo teniendo en cuenta que el Dios de San Juan de la Cruz es el *Deus absconditus* (*Adónde te escondiste, amado...*), es decir, un Dios que muestra su existencia precisamente en su ausencia, en su opacidad, en su nada. Es evidente que las corrientes

místicas son muy importantes en la literatura barroca española, aunque sus orígenes estén en la Reforma cisneriana (Vid. Bataillon, *Erasmus y España*; Nieto, *Juan de Valdés y los orígenes de la Reforma en España*, etc.). La religiosidad que provoca un Dios que no está, o que se ha alejado, es quizá la religiosidad propia del Barroco, época hipnotizada y al mismo tiempo horrorizada por el vacío, donde nace el género de la naturaleza muerta, objetos a veces pintados sobre un fondo negro, vacío, pero al mismo tiempo de la profusión ornamental. El Dios del Barroco, posiblemente, tiene que volver a ser descubierto, tiene que volver a manifestarse. Para San Juan se manifiesta en su *nada*. Pero a Teresa, educada con una espiritualidad jesuítica, se muestra en visiones y audiciones, es decir, se muestra a los sentidos. Pero eso significa que lo que Teresa ve del mundo es falso, lo verdadero son sólo las visiones divinas. Evidentemente aquí estamos ya en el origen de la idea de que la vida es sueño: lo único verdadero es lo que pertenece a la esfera de lo divino, mientras que lo mundano es mero espejismo. Respecto a estos temas y a la importancia de la teatralización del mundo barroco, de la que habla Ondřej Urfus, podría haberse aducido el viejo pero todavía útil testimonio de Weisbach, *Barock als Kunst der Gegenreformation*, donde se enuncia la teoría de que el arte barroco consiste en la visualización de lo invisible –muy en consonancia con los *Ejercicios* ignacianos. La fiebre de la visualización que caracteriza el arte barroco se conecta de esa forma con el Dios escondido, que tiene que manifestarse y que se tiene la necesidad profunda de sacar a la luz, precisamente porque su manifestación se ha vuelto problemática, y de ahí parte la gran misión barroca de la teatralización de Dios –Autos sacramentales- y de la representación de Dios.

Este, que es un tema interesante, y que el licenciando expone en líneas básicas, no se desarrolla después en la confrontación con la literatura hispanoamericana moderna –aquí no hay nexo de unión. El realismo mágico es profuso y barroco porque así es América –según los autores. Creo que la verdadera influencia de lo barroco en el realismo mágico es la que expone el señor Urfus: la estética del contraste, la exageración, la angustia existencial. Pero teniendo en cuenta, en referencia a esto último, que la espiritualidad calderoniana, por muy angustiada que sea, sigue siendo jesuítica. Me estoy refiriendo a la interpretación según la cual tanto *La vida es sueño* como *El señor presidente* proponen un modelo de hombre angustiado por la ausencia de Dios (p. 35, p. 59). Creo que el señor Urfus ve *La vida es sueño* a través de un prisma demasíadamente moderno. Es verdad que la angustia de que la vida es sueño acompañará siempre a Segismundo, pero 1) esto le vale para afirmar valores tradicionales, por ejemplo sociales, porque al final se reconcilia con el tirano rey, su padre, y en cambio condena al revolucionario capitán que lo ayudó a él mismo, provocando el alzamiento, todo ello conduciendo a la moraleja de que el malo es el que pretende cambiar el orden social; y 2) porque a pesar de la angustia, no se duda de la mano de Dios; se trata de una angustia que *educa* al hombre de que lo que le espera es el más allá, y que lo de aquí es todo inseguro e irreal. Poco antes del final, Segismundo pronuncia un discurso afirmando la providencia divina, aunque no la conozcamos o nos sea enigmática (III, vv. 977 y ss):

[...] Dios con el dedo escribió
de quien son cifras y estampas
tantos papeles azules
que adornan letras doradas,
nunca miente, nunca engaña,

porque quien miente y engaña
es quien, para usar mal dellas,
las penetra y las alcanza.

Dios nunca miente. Esta afirmación de lo divino, a pesar de la angustia, es quizá lo que no nos encontramos en *El señor presidente*, donde lo divino está de verdad desaparecido, según expone el autor de la tesina. Es decir, podría pensarse que entre las dos obras existe una concomitancia en la *pregunta* que ambas obras hacen sobre el destino del hombre, pero no en la *respuesta*.

* * *

Předkládaná diplomová práce splňuje kriteria kladená na práce rigorózní.

Juan A. Sánchez
Praga, 25 de abril de 2010.

